

# Gerardo Sacristán. Pintura y magisterio

MAITE OTERMIN ELCANO

El presente tema sobre la figura del pintor Gerardo Sacristán fue propuesto como Memoria de Licenciatura hace ya algún tiempo. En el momento en que se comenzó la investigación pudimos comprobar la escasez e imprecisión de datos escritos. Los primeros los encontramos en unas breves referencias a él en la revista riojana *Rioja Industrial*, entre los años 1930-1932, a raíz de unas exposiciones colectivas que realizó. Durante los años cuarenta y cincuenta, las muestras individuales que se hicieron en Logroño y Pamplona fueron objeto de artículos periodísticos en la prensa logroñesa del diario *La Rioja*, nuevamente la revista *Rioja Industrial* y, en Pamplona, se encargaron de dar a conocer al pintor el *Diario de Navarra*, el *Pensamiento Navarro* y *Arriba España*, la revista *Pregón* y *Radio Requeté*, de donde conservamos el borrador de locución a la exposición que Sacristán hizo en 1950. En 1964, a propósito de su muerte, los diarios citados le dedicaron sendo artículos, salvo *Arriba España*, que ya no se editaba. En 1972, De Blas, en *Pintores Españoles Contemporáneos* le dedica una nota escueta. En 1978, la revista logroñesa *Calle Mayor*, en un artículo dedicado a Sacristán por Iglesias Hevia, aporta algunos datos más precisos sobre su formación. Un año después, la prensa navarra se ocupa de él a propósito de una exposición homenaje a Basiano, PérezTorres y Sacristán. En 1980, Martín-Cruz, en el primero de sus tres libros de *Pintores Navarros* le incluye como a uno más de nuestros artistas. *Diario de Navarra* y *Navarra Hoy*, le recordaron de un modo más amplio, el pasado año, al cumplirse en septiembre los veinticinco años de su muerte y organizar una exposición de su obra.

Gracias a las aportaciones de sus familiares más directos, conocidos y estos medios anteriormente citados, hemos podido reconstruir la biografía de Sacristán. Nacido en Logroño en 1907, su infancia transcurrió en un ambiente familiar donde la inclinación artística estaba presente y donde el padre practicaba la pintura por pura afición.

Con fuerte oposición paterna, nada más acabar el bachillerato, marchó a Madrid a cursar Bellas Artes, donde permaneció seis años, entre los cinco que duró la carrera y otro más en que profundizó sobre el retrato. Este tiempo que se desarrollaba de 1923 a 1929 coincidía con el apogeo de la dictadura de Primo de Rivera y marcó de un modo determinante el magisterio recibido por Sacristán en San Fernando: la tradición española continuaba la gran escuela de pintura surgida en el siglo XVII para culminar con la retratística del siglo XIX. En el propio centro se dieron algunas confrontaciones con los jóvenes surrealistas al frente de los cuales se hallaba Dalí. El aprendizaje que se impartía en Bellas Artes consistía en que el alumno obtuviese un perfecto dominio del dibujo y pudiera reproducir lo más exactamente posible el natural que tenía delante.

Terminados estos años, quiere ampliar sus conocimientos y marchar a París. Allí pasa dos cursos, de 1929 a 1931, durante los cuales busca ahondar lo aprendido en

Madrid y lograr un mayor dominio del oficio. Es ahora cuando conoce a algunos integrantes de la vanguardia surrealista, mas Sacristán se mantuvo al margen de la misma. De la capital francesa le quedará siempre el recuerdo de su luz «...como plateada, y que modela los cuerpos de un modo muy peculiar».

Cuando regresa a España, el nuevo panorama político que ha surgido con la proclamación de la República parece que va a marcar el inicio de una etapa de libertad de expresión en el arte. Los artistas en general comenzaron a tomar una actitud más comprometida y la intencionalidad de algunas de sus obras era de un claro desprestigio de las etapas anteriores. Con todo, siguió dominando un criterio tradicional en la mayoría de los casos, las clases acomodadas sobre todo, y en círculos minoritarios fueron surgiendo unos intentos audaces de surrealismo. Sacristán entretanto se instala en Logroño y pasa cinco años preparando oposiciones, cuya convocatoria va suspendiéndose a causa de los graves disturbios sociales. Mientras tanto viajó por Alemania, Bélgica, Holanda y Suiza. En 1936 se realizaron las oposiciones donde Sacristán obtuvo el número uno. Pudo elegir destino y así optó por Pamplona. Todavía se hallaba en Madrid cuando estalló la guerra civil. Toda la contienda la pasó huyendo de un lado a otro ya que desertó. Sin poder ejercer su profesión, el pintor creará que ha olvidado su oficio y, acabada la guerra, en 1939, pintará *La María*, que le servirá para comprobar que puede seguir pintando, y reanudará la carrera de pintor.

A partir de 1943 lo vemos asentado en Pamplona y perfectamente integrado en la vida de la ciudad. Aquí pinta sobre todo bodegones y retratos. Comenzó su labor docente como profesor de dibujo en el Instituto Ximénez de Rada. Ya en 1951 ejercerá como profesor también en la Escuela de Bellas Artes y Oficios de la capital navarra. Su aula se convirtió en un interesante foco de cultura donde aprendieron jóvenes, hoy pintores con notable prestigio. Al centrar su actividad en la docencia y el encargo, sólo expuso en siete ocasiones, cinco en Logroño y dos en Pamplona. También participó como miembro de tribunal en los premios «Paulino Caballero» o el del Cartel de fiestas de San Fermín de 1952 que, por cierto, tanta polémica suscitó.

En esta década de los cincuenta se observa un cierto aperturismo cultural en Pamplona que se materializa en la inauguración de salas de exposiciones y el nacimiento de la llamada «Generación de los 50». Es la época en que Sacristán goza de mayor relieve y los encargos de retratos se suceden, siendo los más importantes los destinados a la familia Partagás. En los años sesenta, los de la apertura económica, nuestro pintor no parece responder a los criterios que una nueva generación aportaba, aunque tampoco esto fue causa de mayores problemas. En 1962 comenzó a padecer una serie de enfermedades que le llevarán progresivamente a la muerte el 17 de septiembre de 1964, dejando en su estudio un trabajo para diez años.

Su aprendizaje como pintor se inicia en el Logroño de los años veinte, en que empieza a recibir clases de dibujo y nociones de pintura de Francisco Viso, profesor y director de la escuela de Artes y Oficios de Logroño. Este profesor será quien prepare durante dos años a Sacristán para su ingreso en Bellas Artes en 1923.

Una vez allí sus profesores fueron Benedito, Romero de Torres, Doménech, Álvarez de Sotomayor, Garnelo, Plá y Blay, además de la impronta dejada por Sorolla, Moreno-Carbonero, López-Mezquita y Santamaría. La captación de la realidad tal como se veía, la corriente regionalista en boga aquella época y el tradicionalismo impuesto por la dictadura riverista condicionarán los temas y el modo de hacer de este tiempo. Un curso más bajo la dirección de Benedito le sirvió a Sacristán para mejorar el retrato. De su maestro tomará la rigurosidad del academicismo inglés, el estilo decimonónico español y el profundo realismo que siempre caracterizó a nuestra pintura desde el siglo XVII.

Pasó después dos años en París, donde conoció a algunos vanguardistas y se interesó por sus inquietudes aunque no compartió sus puntos de vista. Es más, al regionalismo imperante en España añadió su admiración por el dibujo de Ingres, la composición de Cezanne, la luz de Renoir y contacta con artistas españoles que integraban la llamada «escuela de París».

Los cinco años siguientes, sus trabajos se centran en temas relacionados con la figura humana y en ellos observaremos las aportaciones recibidas. Logroño, por proximidad geográfica, siempre estuvo influenciada por el área vasca y, a su vez, algunos pintores vascos habían vivido en París y Bruselas. Algo de esto se verá en la manera que tiene Sacristán de plantear los fondos, las casas y los elementos que componen el cuadro, así como el interés que demuestra por manifestar el tipo racial de sus paisanos. El recuerdo más patente quizá sea el de Cezanne, cuyas soluciones también serán seguidas por Vázquez-Díaz, y que nos llevan a una relación con nuestro pintor.

Los viajes por Holanda, Alemania, Bélgica y Suiza le muestran la pintura tradicional de sus retratos y bodegones. También conoció las novedades artísticas que en ellos iban surgiendo, aunque no las compartió. Sacristán prefirió la seguridad del arte de siempre, que, para él, encerraba los valores de una buena pintura, frente a la fugacidad de los «ismos», faltos de consistencia, característica de todos los movimientos que están en plena búsqueda de algo nuevo. La guerra civil supuso el fin de este proceso de formación donde hemos visto los pasos que siguió Sacristán y, a partir de 1939, ya lo veremos ejerciendo su oficio con un estilo continuista y con algunos elementos que se apreciaban en esta época de aprendizaje.

La obra que nos dejó se centra en los temas que más le fueron encargados, el retrato y el bodegón. También trabajó otros en menor número como floreros, dibujos al carboncillo (un indio o un flautista) y paisajes o vistas. Sobre el retrato podemos decir que bien sean de tres cuartos, rostro, o de cuerpo entero, se enmarcan en un fondo que, si no es neutro (gris o negro), adquiere tonos románticos evolucionando a colores crepusculares (amarillos muy claros, ocre, sienas, azulados), donde la figura domina ante un paisaje del que podemos abarcar un amplio espacio. Fondo y figura tienen siempre una relación. El dibujo, apretado en un principio, adquiere mayor fluidez de modo que termina delineando las figuras con el color, integrándose en el fondo. En verdad, Sacristán no quiso dedicarse exclusivamente al retrato, porque decía que un exceso del mismo podía matar la creatividad del artista y llevarle al amaneramiento. Aún así alcanzó merecida fama de retratista formidable dadas las calidades que logró y fue, como hemos dicho, lo que más se le encargó.

En cuanto al bodegón pintó muchos y variados, pero será uno, el compuesto por una o dos jarras y varias manzanas o naranjas que será conocido como «bodegón Sacristán». Nuestro pintor, en la perdurabilidad de los objetos, podía comprobar diferentes técnicas y nuevas composiciones, logrando resultados que van desde estilos barrocos por la exhuberancia y detalle, a un desdibujamiento total con un tratamiento nuevo de la luz y el color que lleva a pensar en el puro Cezanne como demuestran tres apuntes y el último bodegón terminado cuatro días antes de morir.

Excepcionales, por ser escasos en número, son los desnudos femeninos pertenecientes a la época de París (cinco), paisajes y vistas logroñesas, del más puro impresionismo, floreros, interiores de iglesia y un sátiro. Muy abundantes serán los cuadros de temática regionalista, incluíbles la mayoría en el área del retrato.

La luz fue elemento fundamental en todas sus telas y a partir de ella fue componiéndolas de modo que adquiriese cada vez mayor protagonismo. En la mayoría de los casos se trata de una luz frontal, que apenas produce sombras, salvo en los retratos, donde los rostros quedan en penumbra porque la luz, al iluminar también por detrás describe mejor los relieves y facciones. Si algo caracterizó a Sacristán fue su gusto en el color y una gran armonía. Por esto prefería el bodegón, porque permitía una variada diferenciación de calidades entre cacharros, frutas, telas o animales; o la pintura regionalista, por la descripción que permitía de trajes, casas, paisajes, productos típicos y aspectos del carácter de las gentes. Su color, limpio y variado fue muy ponderado en sus exposiciones. Buen colorista, otorgó una grata armonía al conjunto de su obra.

La técnica que más empleó fue la impresionista, combinada con aportes constructivistas en sus paisajes y bodegones y siempre su obra se caracterizó por un profundo

realismo. Los materiales que más abundan son el óleo sobre lienzo, pero también dibujó con pastel y carboncillo, cuyo dominio fue siempre evidente, y es muy posible que durante su estancia en París probara el gouache.

Sin embargo, la gran aportación de Sacristán fue la de ser un excelente profesor de dibujo y un gran impulsor a que sus alumnos siguieran el camino del arte, en un momento muy interesante para la historia local pamplonesa. Cada cuadro suyo vino a ser una síntesis o lección, como muestra del maestro que había en él. Cada lienzo constituía el resumen de sus conocimientos, muy amplios, de su oficio. Hizo sentir a sus alumnos la pintura y el dibujo, el arte en general, como algo vivo, contagiándoles su entusiasmo por ello y animándoles a seguir a la vez que les advertía de lo duro de la profesión de pintor.

En sus clases dejó siempre ver que no estaba de acuerdo con lo abstracto, en tanto que se mantuvo fiel a Velázquez, Goya y las fuentes clásicas del arte, inagotables para él. Por eso decía: «Las vanguardias con el abstracto no han aportado nada nuevo. Buscad en un rincón de un cuadro de Goya y encontraréis un motivo abstracto». Como buen pedagogo, enseñó cuanto sabía y sobre todo quiso que sus discípulos hiciesen algo digno: «Un artista, para llegar al abstracto, ha de saber hacer muy bien el figurativo; si parte ya del abstracto, sin unos pasos previos, no será un artista, sino un espontáneo y no llegará a hacer pintura buena, honesta ni digna». El mismo se mantuvo al margen de lo que la crítica pudiese decir de él, fiel a su modo de entender el arte y la vida.

En síntesis, podemos decir que nos hallamos ante un pintor realista, inmerso en la pintura tradicional, del que destaca sobremanera su dominio en el dibujo, retrato y la pintura de bodegón, de notable acierto en el color y creando composiciones que tenían gran equilibrio. En él distinguimos el artista conocido por el público, sujeto al encargo y de dibujo preciso, frente al que pinta para sí, donde sus contornos se vuelven más deshechos y el color se aplica en pinceladas más amplias. Su labor como profesor coincidió con una etapa de apertura de la vida artística de Pamplona y con él aprendieron entre otros José Antonio Eslava, Pedro Manterola, Salvador Beúnza, Isabel Castuera, Gloria Ferrer, Isabel Peralta, Juan José Aquerreta, Francisco Javier Viscarret, Jesús Cía y Jesús Lasterra.



«Pescadores vascos», 1931-1935. Óleo sobre lienzo, 140 x 180. Museo de Navarra, Pamplona. Firma en ángulo inferior izquierdo.



«Lardero (La Rioja)», H. 1957. Óleo sobre lienzo, 45 x 38. Col. particular, Pamplona. Firma en ángulo inferior izquierdo.



«Bodegón», H. 1961. Óleo sobre lienzo, 44 x 37. Col. particular, Pamplona. Lleva firma en ángulo inferior derecho reproducido en *Pintores Navarros*, 1981. Catálogo exposición de 1989.



«Autorretrato», H. 1961. Óleo sobre lienzo, 44 x 37. Col. particular, Pamplona. No lleva firma.